

Cooperación. Un camino de ida y vuelta

*Ramón Gutiérrez da Costa. Arquitecto
Director del CEDODAL*

Discurso pronunciado en el Acto Homenaje a la Cooperación Internacional que tuvo lugar en Sevilla en enero de 2008.

Me toca en esta oportunidad hablar en nombre propio y de mis compañeros en este reconocimiento que, en realidad, deberíamos hacer nosotros, americanos, a la Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía por la enorme tarea que ha realizado en nuestro continente.

Sé que tanto Chema Buendía, como Carlos González Lobo, Mariano Arana, Fernando Castillo, Eusebio Leal, Hernán Crespo Toral y nuestro querido y recordado Rogelio Salmona hubieran podido contar múltiples facetas de las complejas y enriquecedoras experiencias que significó para cada uno de nosotros la Cooperación con la Junta de Andalucía.

Quizás los organizadores se han decantado por cederme la tribuna para representar a quienes somos objeto de este reconocimiento, por el hecho fortuito de haber estado en la génesis de esta formidable y motivadora experiencia de una Cooperación sostenida durante dos décadas con notable continuidad y eficacia por parte de la Consejería de Obras Públicas y Transportes.



En rigor, no se trataba de una operación fundadora, pues basta recordar el reencuentro entre España y los países americanos en ocasión del centenario de las independencias a partir de 1910, para entender que los lazos de una mutua cooperación estaban nuevamente anudados. Me gustaría, sin embargo, traer a colación la importancia que tuvo para España y América la aventura que significó en 1930, en las postrimerías de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, el gesto creador del andaluz Don Diego Angulo Íñiguez y el argentino Martín Noel, el primer Curso de Arte Iberoamericano, que daría origen al Laboratorio de Arte Hispanoamericano de la Universidad de Sevilla.

La correspondencia entre Angulo, desde Sevilla, y Noel, desde su hotel en París, proponiendo las clases que dictaría y solicitándole el material visual para las mismas, son elocuente testimonio de dos cabezas pensando coordinadamente y de una sinfonía ejecutada a cuatro manos. Casi ocho décadas después, los frutos de aquella iniciativa pueden verificarse en la vocación americanista que numerosos profesores siguen mostrando en diversas universidades de Andalucía. La historia que nos involucra es más reciente, pero sigue las pautas de aquellos encuentros

forjados en el hacer. En 1986, la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía convocó un concurso internacional de proyectos para analizar las relaciones en la arquitectura entre Andalucía y América. El equipo que conformamos en aquella oportunidad tuvo la fortuna de obtener un premio que abriría la puerta a una serie de actos y productos culturales que se encaminaban a estrechar los lazos en el contexto de las festividades de 1992.

En el jurado de aquel concurso estaba José Ramón Moreno García, a quien conocí el día del acto en el cual se entregó el premio, al igual que a otros miembros del jurado, como Ignacio Henaes de Granada. José Ramón me convocó al día siguiente y creo que ni él ni yo podíamos suponer que aquel encuentro dispararía no solamente una entrañable amistad, sino una catarsis de proyectos y realizaciones que involucrarían a las Consejerías de Obras Públicas y Transportes y de Cultura de la Junta de Andalucía.

Recuerdo siempre que José Ramón me propuso organizar un ciclo de conferencias sobre arquitectura contemporánea de América Latina, el mismo tema que sigue hoy enseñando junto a Víctor Pérez Escolano y a Heriberto Duverger, ambos íntimamente vinculados a esta tarea de la

Cooperación. Me preguntó qué necesitaba para ello y le contesté tranquilamente: "un teléfono". José Ramón pensó seguramente que era un acto de suficiencia, pero en cuatro horas, atendiendo a las diferencias horarias, teníamos el curso armado. Desde Marina Waisman a Rogelio Salmons, desde Enrique Browne a Roberto Segre, se integraría aquel primer curso en el convento de Santiago, que estaba todavía en obras.

En realidad, habría que contextualizar el porqué esto había sido posible. Sucedió que en 1985 se había convocado una biennial de arquitectura en Buenos Aires, promovida por el CAYC de Jorge Glusberg con el patrocinio de la revista SUMMA y la Sociedad Central de Arquitectos. El manejo organizador de la biennial, un tanto arbitrario, dispuso que los "principales" conferenciantes invitados (europeos y norteamericanos) dictarían sus clases en el Teatro San Martín, mientras los colegas de Latinoamérica deberían hablar en la Facultad de Arquitectura en turno trasnoche. En ese contexto, Jorge Moscato y otros colegas de Buenos Aires decidieron volcar a sus alumnos en actividades con los arquitectos latinoamericanos, dejando de lado las programaciones de conferencias magistrales dispuestas por Glusberg.

En ese entonces, yo vivía a mil kilómetros de Buenos Aires, en la ciudad de Resistencia (Chaco), pero la convocatoria que me hizo Moscato para coordinar esas mesas redondas me llevó inmediatamente a la capital. Como sabemos los argentinos, "Dios está en todas partes, pero atiende en Buenos Aires". Allí tuve, en medio del tumulto de más de dos mil alumnos expectantes y entusiastas, la magnífica posibilidad y el privilegio de conocer en persona a Rogelio Salmons, Pedro Belaúnde, Joaquim Guedes, Severiano Porto, Enrique Browne, Eduardo San Martín, entre muchos otros amigos que sería largo enumerar. Por ello, quizás, me resultó fácil convocar a estos amigos, porque al calor de aquellas jornadas



nocturnas en Buenos Aires y la vocación de los participantes de continuar andando juntos, conformamos al año siguiente otro encuentro cuya alma mater fue Marcelo Martín, de la revista SUMMA, quien consolidó la potencialidad de lo que serían los Seminarios de Arquitectura Latinoamericana (SAL). Marcelo, que poco después se radicaría en Sevilla, sería una pieza clave en ese engranaje de la Cooperación, tanto en Obras Públicas y Transportes, primero, como en el Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, después. También en ese año, Manolo Ramos Guerra, que coordinaba conjuntamente con colegas

uruguayos el CIANA, una entidad Iberoamericana que contaba con el auspicio de los Colegios y Sociedades de Arquitectos de España y América, convocó a un encuentro en Sevilla que se prolongaría en otro más en México en 1988, apuntando a buscar los lazos comunes en las culturas arquitectónicas. Esa urdimbre de redes y contactos se potenciaría con el impulso que Salvador Tarragó y José Antonio Fernández Ordóñez dieron a la creación del Centro de Estudios Históricos de la Obra Pública (CEHOPU) desde el entonces Ministerio de Obras Públicas (MOPU) en Madrid. Para ellos, en 1985



*Pags. anteriores: proyecto de rehabilitación en el Centro Histórico de La Habana y vista aérea de La Habana
Arriba: Los Ángeles en la región del Bio Bio y Villa Urquiza*

habíamos realizado en Buenos Aires el primer Encuentro sobre Puertos y Fortificaciones en Iberoamérica, que luego habría de continuar con otros varios, incluyendo la Exposición "El sueño de un orden", que se presentó en muchos países de América.

Como puede verse, la Cooperación, encarada como una reflexión en conjunto con la búsqueda de una mirada abarcante, estaba instalada y en su maduración y modalidades cumplió un papel destacado la Junta de Andalucía. Me gustaría, al efecto, hacer una consideración sobre el carácter que tuvo este momento de encuentro. España fue en estos años previos al 92 importantísima para la cultura iberoamericana. No solamente porque permitió integrar y articular una relación fuerte entre estudiosos e investigadores de ambos continentes, sino muy especialmente porque posibilitó que los propios americanos se encontraran entre ellos y tuvieran la posibilidad de ver más allá de sus fronteras.

Esto que parece tan obvio es, sin embargo, la rémora más grande que arrastran los pueblos americanos, su incapacidad de tener visiones integradas por desconocimiento de lo que sucede en el país vecino. España, y Andalucía particularmente, fue el escenario fértil del encuentro y la tertulia estimulante, el diálogo amplió el horizonte y nos aproximó intensamente. Muchas iniciativas americanas deben su génesis a las conversaciones de sobremesa que la generosa hospitalidad andaluza posibilitó. La Cooperación fue así transversal y no polarizada, fue integradora y multiplicadora en sus capacidades de generar nuevas alternativas.

La tarea con la Consejería de Obras Públicas y Transportes alcanzó un ritmo notable con la apertura de Manolo Ramos en el rescate de la figura de Luis Barragán, uno de los libros que mayor suceso ha tenido en las ediciones de la Junta de Andalucía y que abrió puertas a una larga saga de ensayos sobre la obra del

arquitecto mexicano. Mientras la Consejería de Cultura, a través del entusiasmo de Antonio Pozanco, propiciaba los seminarios itinerantes por las ciudades andaluzas y las universidades se plegaban a ello en sus cursos de verano (recuerdo particularmente el que Pablo Diáñez coordinó en Baeza sobre estancias, haciendas y cortijos entre Andalucía y América), Obras Públicas y Transportes daba pasos para una gran aventura del 92 en Buenos Aires.

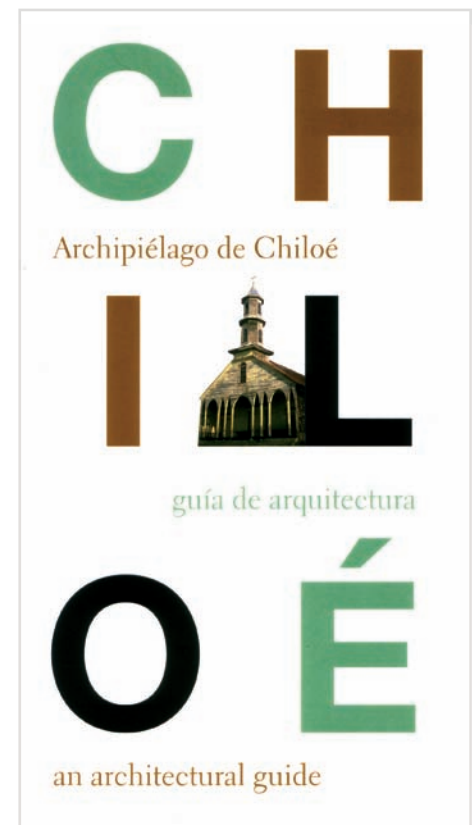
Allí se montaron en el mes de abril 14 exposiciones conjuntas entre las Consejerías y el aporte de instituciones argentinas, generando la ocupación plena del Centro Cultural de la Recoleta, en un hecho absolutamente inusual y que movilizó a miles de personas. Simultáneamente, en la Feria Internacional del Libro, el stand que montó la Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía obtenía el primer premio de toda la exposición por la calidad de diseño y por la dinámica de su atención y el protagonismo que tuvo en la Feria. Una Feria con más de un millón de visitantes. En esa oportunidad de diálogo con los funcionarios municipales de Buenos Aires, surgió la idea de preparar las Guías de Arquitectura, una de las líneas que, sin duda, han dado más satisfacción a la Junta de Andalucía, habiendo realizado decenas de ellas sobre ciudades de diversos países.

Quizás el paso más notorio de una política propia de la Consejería de Obras Públicas y Transportes, y que signó la presencia de la Junta de Andalucía en muchos países de América, fue el criterio para las intervenciones en bienes de valor patrimonial. En aquellos años, la AECI desarrollaba desde el Estado español una activa política que se había concentrado inicialmente en algunas obras emblemáticas de gran calado e ingentes esfuerzos, como fue la de San Francisco de Quito, o se había multiplicado en intervenciones diversificadas en centros históri-

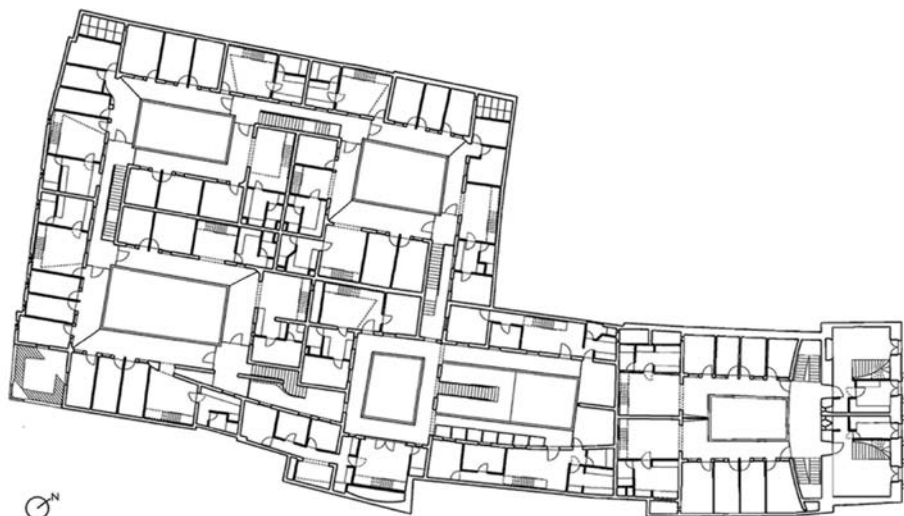
cos, generalmente intermedios o en poblados pequeños.

Tanto José Ramón Moreno como Luis González Tamarit, que fue asumiendo un papel cada vez más relevante en la Cooperación, trazaron entonces unos lineamientos certeros que se han mantenido a través de los años: la recuperación patrimonial en América Latina debe unir los valores culturales a las respuestas sociales. De esta manera, privilegiaron el apoyo a proyectos que integrasen vivienda de interés social en los centros históricos y, a la vez, recuperaron edificios emblemáticos cuya rehabilitación se venía postergando desde hacía años, como la "Casa Verde" estudiada por Mariano Arana y el Grupo de Estudios Urbanos del Uruguay, o la casa de los Siete Patios de Quito, que habían analizado los arquitectos que Hernán Crespo Toral había integrado en un área patrimonial en el Banco Central de Ecuador durante una inolvidable gestión.

Fruto de estas políticas esclarecidas han sido algunos de los logros más notorios, como la recuperación del conjunto Andalucía de Fernando Castillo y Eduardo San Martín, en Santiago de Chile, o del conventillo de San Francisco, donde Salvador Moreno Peralta acompañó a los colegas de Buenos Aires para recuperar vivienda social a una cuadra de la Plaza de Mayo ante el estupor de los agentes inmobiliarios locales. No siempre los proyectos de la Cooperación tuvieron un final feliz y muchas veces, debemos decirlo con honestidad, ello se debió a las limitaciones políticas, económicas o burocráticas que nuestras propias administraciones demostraron. Los casos de la Avenida de Mayo, en Buenos Aires, o del Malecón de La Habana, en Cuba, evidencian, más allá de la buena voluntad de Eusebio Leal o de los funcionarios porteños, las dificultades para instalar el patrimonio a escala urbana como prioridad de inversión. De ello también puede dar fe el colapso de al-



*Guía de arquitectura de Chiloé
Rehabilitación de la Casa de los Siete Patios en
Quito. Ecuador*



Plan de rehabilitación del barrio Sur de Montevideo. Uruguay

Planos de la planta primera y baja de la rehabilitación de la Casa de los Siete Patios en Quito. Ecuador

Pag. siguiente: foto del patio interior de la Casa de los Siete Patios

gún proyecto andaluz, como aquella idea de las cuatro manzanas de Pina Montano diseñadas por arquitectos latinoamericanos, entre los cuales estaban Rogelio Salmona, Severiano Porto, Eladio Dieste, Edward Rojas, y que se desactivó cuando un cambio político en el municipio retiró de la sociedad emprendedora la tierra fiscal donde habría de ejecutarse la obra por parte de la Junta de Andalucía.

En esto, la tarea de la Cooperación encarada por la Junta de Andalucía ha mostrado ser una política de Estado y no meramente una política coyuntural de Gobierno, lo que ha dejado una profunda huella en su andadura. En la continuidad de esta política no puedo menos que señalar el carácter vertebrador que tuvo la permanencia de Luis González Tamarit y su talante entusiasta, que se manifestó no solamente en la cooperación con América, sino también con el mundo africano. Mientras la Consejería itineraba de la Plaza de la Contratación al Patio de Banderas y de allí a la Cartuja, su política de Cooperación se ampliaba, recreaba, abría nuevos contenidos e integraba permanentemente nuevos horizontes. En una década todo lo hecho parecía un sueño, hacía recordar aquella meditación de Eduardo Galeano sobre la utopía, cuando decía que era un horizonte en el cual, cuando uno más entusiasta lo quería alcanzar caminando rápido, más lejos se le iba. Completaba la reflexión: la utopía sirve para eso, para enseñarnos a caminar... Y el camino se había ido balizando.

En esto hay quienes marcaron la continuidad de la gestión, como Lola Gil, o que siempre estuvieron comprometidamente dentro o al costado de ella, como Víctor Pérez Escolano, con quien realizamos la exposición de Martín Noel y sus trabajos en España y América. Con mayor o menor fervor, pero siempre con el respeto por la importancia de la Cooperación, la Consejería se fue reforzando, creando las urdimbres de repre-

sentantes que marcaron otra forma de presencia y diálogo. Aquí cabe señalar la importancia del trabajo en red, de los coordinadores nacionales o regionales que asumieron el trabajo silencioso de movilizar voluntades, de superar las trabas burocráticas que en muchos de nuestros países son verdaderas máquinas de impedir.

La Cooperación de la Consejería de Obras Públicas y Transportes fue siempre considerada como un camino de ida y vuelta, que dinamizaba voluntades a un lado y el otro del Atlántico. De ella recibimos experiencias como las Escuelas Taller que desde Andalucía se proyectaron a diversas partes de América, impulsadas por la AECI, o la convicción de que en América debíamos recuperar centros históricos a través de políticas de vivienda social.

La política de la Cooperación apuntó, en definitiva, a ayudarnos a crecer en líneas que en nuestros propios países no teníamos instaladas. Fue el efecto de demostración que, a veces, cayó en terreno fértil y, otras veces, careció del eco y la continuidad necesarios.

Hoy podemos asumir que el árbol se conoce por sus frutos y, en definitiva, las decenas de obras de recuperación patrimonial, de viviendas de interés social, de edificios restaurados o rehabilitados y la enorme tarea de difusión y promoción de la cultura arquitectónica (que ya fuera señalada y premiada en la primera Bienal Iberoamericana en Madrid) son testimonio elocuente. Testimonio que no declinó, sino, antes bien, fue creciendo y multiplicándose, desde aquellos primeros pasos intuitivos de hace veinte años, a una acción consolidada y eficiente con una dispersión geográfica más amplia. Como afirmaba al comienzo, este reconocimiento es un acto más de generosidad de la Junta de Andalucía. Pueden tener la certeza de que quienes trabajamos junto a ustedes siempre nos sentimos gratificados por la comprensión, apertura, capacidad de diálogo y reflexión que



encontramos. Sabemos de las dificultades que muchas veces se generaron para quienes debieron llevar adelante programas de Cooperación. No siempre las circunstancias políticas, sociales y económicas acompañaron a los que eran buenos propósitos. En esto debemos rescatar más aún el tesón, la voluntad y la continuidad de la Junta de Andalucía por ayudar a ayudarnos.

Un último recuerdo cabe hacer, muy especialmente, a algunos de los cooperantes de la Junta de Andalucía que fallecieron en el servicio de los pueblos americanos. También a la multitud de cooperantes que anónimamente, integrando las redes, los cuadros de voluntarios o inclusive

en la gestión calificada, optaron por el silencio de una tarea útil y eficaz. A ellos cabe recordarlos con aquel pensamiento de Michel Quoist sobre el ladrillo. Ellos son como los ladrillos de cimiento que no lucen, pero que son imprescindibles. Sin ellos no existiría el ladrillo de fachada, aquel llamado a capitalizar el esfuerzo sostenido de los anónimos protagonistas del cimiento. Hoy, en este reconocimiento que la Junta de Andalucía ha hecho en nuestras personas, nos han colocado ustedes en la fachada. Creo interpretar a mis compañeros en el deseo de todos nosotros de continuar sirviendo desde el cimiento.

